

---

# LA BELLA Y LA BESTIA

BEAUTY AND THE BEAST

MICHAEL TAUSSIG

TRADUCCIÓN SALLY STATION

PRIMERA PARTE	EL VERDUGO
SEGUNDA PARTE	EL CRIMINAL
TERCERA PARTE	EL NOMBRE DISEÑADO
CUARTA PARTE	LA SONRISA DISEÑADA
QUINTA PARTE	LA MOMIA
SEXTA PARTE	EL CUERPO DISEÑADO
SÉPTIMA PARTE	LA BAILARINA
OCTAVA PARTE	EL ESCOTE TABÚ

---

17

■

# LA BELLA Y LA BESTIA

MICHAEL TAUSSIG

¿L

A BELLEZA ACARREA INEVITABLEMENTE LA TRAGEDIA? ¿Qué pregunta! Por supuesto que no. Sin embargo, ¿no es la belleza un regalo de los dioses que, como todo regalo, llega con una cierta dosis de ansiedad? Esto es aún más probable en las realidades de los cuentos de hadas que rodean lo que se ha llamado “la dominación de la naturaleza”, lo cual significa el intento del ser humano por intervenir la naturaleza incluyendo, en el caso del embellecimiento del cuerpo humano, la cirugía plástica y la liposucción. Al igual que al embalsamar los ríos y viajar a la luna, no menos que al cambiar bicicletas por automóviles, estos procedimientos ponen a prueba la paciencia de los dioses, por decirlo así, en el lenguaje implícito del cuento de hadas. No obstante, a diferencia de los cuentos de hadas con sus finales felices donde triunfa la justicia, Jack vence al gigante y las lágrimas de la Bella convierten a la Bestia nuevamente en el príncipe guapo, los cuentos que traigo a colación hablan de la desgracia y hasta encuentran una lúgubre satisfacción en los intentos de embellecimiento trágicamente fracasados. De ahí el título de este artículo.

Mi primera historia de desgracia trata acerca del viraje de los médicos, de la preocupación por las enfermedades corporales hacia el tratamiento de la apariencia física. Nuestros médicos hacen fila para volverse esteticistas, al punto de descuidar las enfermedades asesinas; o por los menos de relegarlas a la provincia del proletariado de la profesión médica, entre cuyas filas se encuentran muchos graduados de escuelas extranjeras de medicina. Olvídate de aquel infarto o de esa insuficiencia renal. ¡Qué se ocupen los zánganos! Ya que tienes tu Juramento Hipocrático en la mano, y las más altas calificaciones durante toda la carrera universitaria en la escuela de medicina, puedes dedicarte a la cara y a la apariencia del cuerpo humano. En los Estados Unidos, la especialización en dermatología –que incluye por supuesto la cirugía estética– es la preferida entre los médicos graduados. “Es una circunstancia desafortunada tener que escoger entre dedicar una hora a un paciente con diabetes e hipertensión y ganar cien dólares o aplicar *Botox* y ganar dos mil en la misma hora”, dice el doctor Eric Parlette, un dermatólogo de Massachusetts, en un informe reciente

del *New York Times*. No es por lo tanto sorprendente que haya una escasez de médicos de cuidados primarios o de tipo familiar en los Estados Unidos<sup>1</sup>.

No hace falta ser supersticioso ni moralista de la vieja escuela para sentirse un poco incómodo con este cambio de acontecimientos que se está tomando el mundo. El capitalismo ha evolucionado desde sus comienzos cuando el consumo cumplía un rol secundario tras la producción. Hoy en día, lo que se consideraban bienes y servicios “de lujo” –desde los teléfonos celulares hasta el mismo *Botox*– es lo que hace girar el mundo. Se llama China, pero también es el consumidor americano endeudado que sirve de modelo para el resto del mundo. Antes era la hipertensión, ahora son las arrugas en tu cara o tu barriga, gordiflón.

El aroma del cuento de hadas que percibo en este cambio mayor en el capitalismo mundial tiene que ver con la seducción por el brillo y el “*guau*” o maná que tienen los objetos encantados: lo que Georges Bataille llamó *dépense* o el amor a lo espléndido, y al gasto derrochador como motor que impulsa la lucha humana y la historia mundial, en ninguna parte más acentuada que en la guerra, el carnaval, la religión y el sacrificio. Pero no es simplemente una seducción a través de la belleza; esta atracción también se apoya en una pasión por lo macabro y la destrucción. Y, por lo tanto, esta dimensión mítica o fantástica de destrucción, que no se puede separar de la atracción, yace en el corazón mismo de esta nueva forma de economía mundial.

¿Pero por qué esta preocupación por los cuentos de hadas? ¿No fallecieron hace mucho, o respiran artificialmente con la ayuda de los padres de familia bien intencionados y la insensibilidad de la Corporación Disney? ¿Y no yace la memoria que tenemos de ellos en un oscuro espejo, enredada con la visión que tiene la imaginación del adulto de la imaginación del niño?

De todas maneras, el cuento de hadas goza de una vida exuberante –aunque clandestina– en las noticias cotidianas, como se pudo observar hace muchos años en la tienda trasera de una librería parisina donde un grupo de aficionados solía reunirse para discutir lo que llamaban la “sociología sagrada”. ¿Les estoy inventando mi propio cuento? ¡No! Es un hecho. Cáusticamente expulsados por los “verdaderos surrealistas”, fundaron sus propias revistas y lugares, tales como aquel en donde Roger Caillois dirigió su conferencia “La sociología del verdugo” en 1939, un verdadero *tour de force*.

1 *New York Times*, May 3, 2008, p. A10

Natasha Singer, “For Top Medical Students, Appearance Offers an Attractive Field,” *New York Times*, March 19, 2008, pp A1, 12.

### PRIMERA PARTE: EL VERDUGO

Al igual que James Joyce quien en el *Ulises* narra un día en la vida de un judío llamada Bloom en Dublín, Caillois hace el relato de la muerte del “alto verdugo” de la República –un hombre de setenta y seis años llamado Anatole Deibler–, el 2 de febrero de 1939, a través de los artículos de la prensa diaria. Así pudo Caillois hurgar en las páginas de *Le Figaro*, *Excelsior*, *Paris-Soir*, *L’Intransigeant*, *La Liberté*, *Ce Soir*, *L’Époque*, *Le Jour*, *L’Ordre*, *l’Humanité*, *L’Action Française*, *L’Ère Nouvelle* y *Le Petit Parisien* –¿Cuál ciudad hoy en día podría jactarse de poseer tantos diarios?– hasta encontrar el folclor, los cuentos de hadas, y el misticismo detrás de la imagen que tiene la sociedad de la pena de muerte. A través de estos periódicos Caillois inventó un modo de análisis poderoso y rápidamente olvidado que yo espero, por lo menos en parte, revivir en estas páginas.

Es de anotar que Caillois presentó esta conferencia apenas tres años después de la publicación de “El narrador”, ensayo de Walter Benjamin en el cual el periódico se percibe como algo que destruye el acto de contar cuentos porque trafica con la información, que básicamente entra por un oído y sale por el otro. Mientras que Benjamin entendió el mundo en términos de tradición contra modernidad, y por lo tanto pudo lamentar lo que percibió como el fin del cuentacuentos, los “sociólogos sagrados” como Caillois mantuvieron una perspectiva más matizada en la cual lo moderno fue modificado por lo sagrado. Por lo tanto la “información” en sí fue contaminada por el cuento de hadas, algo que mantenía a Benjamin rumiando mientras se sentaba a disentir en las últimas filas de algunas de las discusiones de los sociólogos sagrados en aquella trastienda de la librería parisina. Por lo menos así lo cuentan.

Es también notable que la investigación de Caillois tuviera lugar el mismo día en que se muere el verdugo. ¿No es una de las casualidades inspiradas y tan anheladas por lo surrealistas, sobre todo los sociólogos sagrados con su fascinación por el sacrificio? Así, como el máximo sacrificio es el del dios que se sacrifica a sí mismo, el antropólogo Marcel Mauss, gurú de los sociólogos sagrados, proporcionando de esta manera el modelo de todo sacrificio, nos asegura que también la muerte del verdugo provee un tesoro oculto de anécdotas provenientes de la prensa, con las cuales pudo Caillois tejer una red luminosa de oposiciones que ligan el rey con el verdugo, “el uno en la brillantez y resplandor y el otro en la oscuridad y la vergüenza”.

Lo que percibe Caillois en la galaxia presentada por los artículos de prensa es la conexión íntima que une el rey con el verdugo. Los dos son seres excepcionales que parecen a la vez cercanos y lejanos, al punto que tendemos a “identificarnos con ellos y al mismo tiempo a alejarnos, en un solo movimiento de avidez y repulsión”.

Ya hemos reconocido la constelación sicológica  
 Que define la actitud del hombre frente a lo sagrado.  
 San Agustín lo describe al confesar  
 Que arde cuando piensa en su semejanza con  
 El divino, y tiembla con horror cuando  
 Se acuerda cuán lejos todavía está de él<sup>2</sup>.

El verdugo es un hombre tímido y tranquilo, enamorado de su pequeño perro y sus juegos de naipes, pero maldito y aislado, que sufre en cada centímetro de su ser. Es a la vez ordinario y extraordinario, odiado y temido, y goza de muchos privilegios. Conocido como el Señor de París, se viste como el mismo rey con un sombrero de copa, imagen que reencontramos siglos después en la representación del dios o *loa* haitiano conocido como el Barón Sábado –el espíritu del cementerio–, y desde hace mucho tiempo, figura principal del vudú, la cual supuestamente fue imitada por el presidente de Haití, *Papa Doc* Duvalier<sup>3</sup>.

A pesar de su proximidad con el rey, el verdugo francés existe fuera de la sociedad. Supuesto habitante de las zonas urbanas frecuentadas por criminales y prostitutas, se le acreditan los poderes de la brujería y la curación. “El verdugo toca los dos mundos”, dice Caillois.

Su mandato viene de la ley pero es el último de sus sirvientes, el más cercano a las regiones oscuras y periféricas donde se mueven y se esconden las mismas personas contra las cuales está luchando. Pareciera surgir de una zona horrible y desordenada hacia la luz del orden y la legalidad<sup>4</sup>.

## SEGUNDA PARTE: EL CRIMINAL

Al ser capturado, el famoso criminal también surge “de una zona horrible, desordenada, hacia la luz del orden y la legalidad”. El 8 de agosto de 2007, el diario colombiano *El Tiempo* anunció inesperadamente una noticia –en un tiempo extrañamente más pretérito que el mismo pasado–:

### ASÍ CAYÓ CHUPETA, EL CAPO DE LAS SEIS CIRUGÍAS

Debajo del titular, y extendiéndose a todo lo ancho de la página, apareció una tira de seis fotografías en blanco y negro de las seis caras distintas, ningun-

2 Roger Caillois, “The Sociology of the Executioner,” pp 234-47 in Denis Hollier (ed.) *The College of Sociology*, translated by Betsy Wing (Minneapolis: University of Minnesota Press), 1988, p. 240.

3 An image brought home with great panache, I might add, by the appearance of the Haitian god or loa known as the Baron Samedi, spirit of the graveyard and since a long time the leading figure of voodoo, said to have been imitated by the President of Haiti, Papa Doc Duvalier.

4 Roger Caillois, “The Sociology of the Executioner,” pp 234-47 in Denis Hollier (ed.) *The College of Sociology*, translated by Betsy Wing (Minneapolis: University of Minnesota Press), 1988, p. 243.

na más grande que una estampilla, alineadas para formar una serie cronológica titulada:

LA METAMORFOSIS

EL tiempo  
8 agosto 2007  
p. 3

"CHUPETA"

por un día por  
"La Televisión!"

The Justice could  
only identify him  
'as by the spazles."  
Robinson's  
Kiss



En 1996, cuando se sometió a la justicia y evadió su extradición.



En el 2005. Se alteró las orejas, los párpados y las mejillas.



En el 2005, se adelgazó el mentón y su nariz se angostó.



En el 2006, intentó engrosar su rostro nuevamente.



Ayer, los estragos de las cirugías eran evidentes.



"Chupeta" cayó a las 2:55 a.m. de ayer en Sao Paulo, Brasil.

La primera foto muestra el criminal capturado, *Chupeta*, como un joven bien apuesto con una cara larga, labios fruncidos, pelo negro brillante, peinado hacia atrás y una piel lisa y sin manchas. Podría ser un modelo promocionando un producto para el cabello. El pie de foto cuenta que así se veía en 1996, cuando logró un acuerdo con las autoridades al confesar el delito de tráfico de treinta toneladas de cocaína a cambio de sólo cuatro años de prisión. (Más tarde el diario reportó que la DEA informó que fueron setecientas toneladas que transportó *Chupeta*).

En esa misma época fue asesinado su socio *Cuchilla*. A los seis meses de salir de la cárcel *Chupeta* se escondió, luego de que una corte en Washington diera orden de su captura y juicio en los Estados Unidos. Poco después, Laureano Rentería, su mano derecha, fue envenenado con cianuro y murió en su celda unos días antes de poder encontrarse con las autoridades estadounidenses que tenían el poder para extraditarlo.

E igual a un cuento de hadas, se dice que *Chupeta* tendría millones de dólares escondidos en caletas, lo que en inglés significa algo así como un “stash” o un “hoard” y que en español deriva de la palabra “bahía”, lo cual sugiere para mí una hendidura en una superficie plana, una especie de escondite, como los utilizados por los piratas para enterrar su tesoro, o hasta un pliegue secreto, es decir privado, de la anatomía humana.

Para *Chupeta*, perderse en el anonimato quería decir esconderse en la caleta más grande, en su nueva cara, acompañado de otras transformaciones mágicas: hubo una supuesta muerte, pero al preparar su resurrección del mundo de los muertos también faltaban nuevos nombres y pasaportes –y más cirugía plástica–.

A través de un agente infiltrado en el Ejército colombiano hizo creer que había muerto. Mientras tanto los cirujanos se encargaron de cambiarle la cara, y probablemente sus huellas digitales, mientras viajaba a México, Paraguay, Uruguay, Argentina y Brasil donde en algún momento entre el 2005 y el 2007 se radicó como el ciudadano italiano Marcelo Javier Unzue.

No menos dramática que la muerte –inclusive una falsa muerte–, es la secuencia de representaciones de este hombre –o más bien, de esta cara huyendo–, los tortuosos intentos de jugar con las dotes de Dios: la nariz, los labios, las orejas, el mentón, la línea del cabello, las cejas, los pómulos y párpados (¿he dejado algo afuera?). Efectivamente, a medida que sigues de izquierda a derecha la secuencia de las caras creadas por los cirujanos plásticos, parece una especie de muerte y resurrección cada vez más siniestra. ¿Será porque las caras son cada vez más feas, es decir más antipáticas y miedosas, que horrorizan? ¿O es el simple hecho de que haya cambiado algo que se creía durante mucho tiempo incambiable, fascinante, mejor dicho, la cara humana, el amarradero de la identidad?

“Me siento traicionada”, se queja la eminente cirujana estética de São Paulo, Lorití Breuel, que inocentemente llevó a cabo las últimas tres cirugías luego de aquella que se hizo en los Estados Unidos. Acababa de enterarse, dijo ella, de la verdadera identidad de su paciente que, como le acaban de explicar, ordenó más de trescientos asesinatos. “¡Pero era tan simpático!”, lamentó la doctora. Su equipo de trabajo traga calmantes para lidiar con el choque.

¿Y quién no se sentiría traicionado? Observa esa obra de arte final, una no-cara, un pretexto grotesco de una cara, una máscara de carnaval con planos anchos y aplastados, los ojos sobresalientes y blancos, como pelotas de golf, y una sonrisa ancha y estirada, más bien parecida a una mueca de dolor constante.

En vista de los altos intereses en juego, el pobre hombre se vio obligado a alterar su cara transformándola en algo cada vez más horrible, como si, al igual que Fausto, estuviera tan confabulado con el diablo que terminaría pareciéndose a él, o por lo menos al diablo en uno de sus días menos brillantes, pues el diablo es también un transformista altamente calificado y es a veces, según me cuentan, sumamente buen mozo.

Al final fue la voz del hombre la que lo traicionó; unas muestras fueron ingresadas a lo que *El Tiempo* llama el “banco de voces” de la DEA y así se confirmó su identidad. La cara es lo que afirma nuestra identidad espectacularmente, además de muchas otras cosas. Pero, ¿no lo es de igual forma esa entidad invisible, la voz? Qué extraño es, entonces, que casi nunca reconocemos nuestra propia voz y así nos desconocemos, mientras que la DEA o nuestro perro querido, con su oído animado y pendiente de un comando, nos reconocen fácilmente.

Estimulado por la captura de *Chupeta*, el periódico *El Tiempo* publicó unos días más tarde el titular “Cirujanos del bajo mundo” con una página de historias dedicadas al ambiente tenebroso de personas que a través del mundo entero se mantienen ocupados en transformar las identidades de los malos. Tales “cirujanos” podrían operar tan fácilmente en burocracias estatales, como en hospitales y clínicas, borrando archivos y reemplazándolos por nuevos. La “cirugía plástica” se ha vuelto entonces como una metáfora para el mundo de Proteos.

La microcirugía de las huellas digitales es una obsesión tanto para los malos como para los policías. Algunos cirujanos “reescriben” delicadamente las espirales de los dedos, otros las mutilan para que no quede ninguna huella legible, mientras que otros cambian las huellas de los dedos del pie por las de la mano. También existen unos métodos menos técnicos: se habla de un hombre desesperado en Bogotá que se comió las puntas de sus dedos para evitar su detección. Lo cual no es nada comparado con la mujer que le cortó el dedo índice a su esposo difunto, guardándolo en el congelador y utilizándolo para seguir cobrando su pensión mensual.



No falta el salvajismo en la historia del capo mexicano Amado Carrillo, el *Señor de los cielos*, quien en julio de 1997 murió bajo el bisturí, no de un cirujano plástico sino de tres, incluyendo el del colombiano Ricardo Reyes Rincón. Cuentan que esta operación para transformar al *Señor de los cielos* duró unas ocho horas; un cirujano trabajaba la nariz, el otro llevó a cabo lo que se llama la liposucción radical para reducir la grasa abdominal. Unos días más tarde, los tres cirujanos amanecieron muertos, muy muertos, envueltos en cemento, los ojos vendados y las manos esposadas, con huellas de quemaduras, maltrato y estrangulación<sup>5</sup>. La mutilación es extremadamente común en las figuras del bajo mundo, asesinadas por otras figuras del bajo mundo y podría considerarse –¿no es cierto?– como otra forma de cirugía plástica, ambas formas respondiendo a un deseo aparentemente básico de alterar de manera fundamental la sustancia y la forma preciosa que es el cuerpo humano.

Wikipedia muestra dos imágenes de la cara de Amado Carrillo. La primera es un retrato en blanco y negro con tonos cafés, tomado directamente de frente, exactamente como algunas imágenes del joven Cristo, dulce y noble, con su pelo largo y su barba. La segunda es de perfil y los colores repelentes muestran la cabeza del hombre luego de la cirugía, apoyada en las voluminosas almohadillas blancas del ataúd, su piel rosada manchada de violeta, las encías descubiertas para mostrar la prominente dentadura del hombre. Verdaderamente divina, la belleza no conoce caída más triste que la de ésta hacia la bestialidad.

### TERCERA PARTE: EL NOMBRE DISEÑADO

Su nombre es *Chupeta*, del verbo “chupar”, tomado de un dulce vendido en Colombia. Por sencillo que parezca, no fue fácil averiguar el significado del nombre. Las personas que entrevisté alrededor de la ciudad de Cali estaban perplejas e imaginaban que tendría algún significado escondido, algo secreto y extraño perteneciente a un criminal del bajo mundo. Los sobrenombres de por sí no son siempre fáciles de entender y es aún más difícil cuando se trata de los del bajo mundo. Viene a la mente el análisis que hizo Freud del chiste y su relación con el inconsciente. Los sobrenombres son delicados, pues combinan la fuerza gráfica y fijadora con una noción de cambio. Los nombres escogidos pueden ser cómicos, irónicos, dramáticos, miedosos –acuérdense de *Cuchilla*–, o simpáticos –*Chupeta*–, y son netamente más notables que, por ejemplo, John o Juana. Esta designación es una especie de “bautismo” hacia una identidad móvil. Es más, el mismo fenómeno de poner sobrenombres ocurre tanto entre paramilitares, como entre los capos de los carteles, o por lo menos así me

5 Wikipedia entry for Amado Carrillo.

lo han contado los que conocen la Costa Pacífica de Colombia; hay nombres como el *Enano*, el *Flaco*, el *Loco*, *Kalimán* –tomado del hombre misterioso de una serie radial famosa–, y *Bocanegra*. A su vez, los enemigos de los paramilitares, los guerrilleros, cambian de nombre también, aunque de acuerdo con su sobriedad, optan más bien por un nombre común y corriente como Manuel Marulanda –de Pedro Antonio Marín–, Jacobo Arenas –de Luis Morantes–, Raúl Reyes –Luis Édgar Devia Silva–, Simón Trinidad alias Federico Bogotá –de Juvenal Ovidio Ricardo Palmera Palmera–. Son escasos los sobrenombres coloridos para líderes guerrilleros y hasta cuando se dan, carecen de aquel saborcillo que tiene la jerga enigmática del bajo mundo. Marulanda, durante décadas el jefe del ejército guerrillero de las FARC, cargaba con el sobrenombre de *Tirofijo*, por ejemplo, mientras que Víctor Julio Suárez Rojas, alias del temido guerrillero Jorge Briceño Suárez, se conoce por toda Colombia como el *Mono Jojoy*, un apodo más bien simpático.

Por aburridos o exóticos, juguetones o siniestros que sean estos sobrenombres, las prácticas de apodar tienen la virtud de alienar los nombres e incluso las mismas prácticas de designar, permitiendo ver los nombres de manera más consciente, menos dada por sentado, quizá así los nombres parecen etiquetas que se pegan y se despegan de las personas, y sugieren formas de vida doblemente vividas. El paralelo con la cirugía plástica es esclarecedor.

Un apodo se sitúa entre el verdadero nombre de alguien y un nombre falso, en un espacio parecido al que ocupa la ambigüedad de una cara o un cuerpo alterado por la cirugía plástica. De un lado, esta cara o este cuerpo se parecen a un nombre falso, y es en este sentido inauténtico y perturbador, más para algunas culturas que para otras. Pero por otro lado, un apodo no es tanto falsedad como adorno, y los problemas que tienen que ver con la autenticidad y la fidelidad con el propio cuerpo, su edad, su apariencia, y su destino, son irrelevantes.

#### CUARTA PARTE: LA SONRISA DISEÑADA

Una cosa es reestructurar una nariz o un seno. Pero, ¿reestructurar una sonrisa no es otra cosa completamente distinta? *El Tiempo*, en su artículo llamado “Los cirujanos del bajo mundo” publicado luego de la captura de *Chupeta*, presentó dos historias de un odontólogo famoso –pero no identificado– de Bogotá que facilitaba a sus clientes paramilitares una nueva sonrisa, como si fuera una nueva nariz. Por mi parte, siento que hay algo más que me impresiona, alguna inefable radiación que habla de un nuevo núcleo. La palabra que se usa es “diseñar”, como los “*designer jeans*”, así que los cirujanos u odontólogos no simplemente hacen una nueva sonrisa sino que la diseñan, y mientras me es fácil imaginar las noches en vela que pasa el paciente calculando cuántos milímetros debe quitarse de su nariz, pienso que se re-

queriría muchísimo más para diseñar una nueva sonrisa que revele el ser interior que ilumina el mundo.

Uno de los hombres con una sonrisa diseñada como las que aparecen en la foto publicada en *El Tiempo* es la mismísima estrella del pelotón paramilitar colombiano, Salvatore Mancuso, formalmente acusado de haber cometido por lo menos ochenta y seis asesinatos –pero seguramente muchos más–, y de ser el cerebro detrás de los años de innumerable terror en el norte de Colombia, los cuales forjaron su enorme riqueza. Aliado de jueces, senadores, alcaldes locales, agentes de policía y de los más altos rangos de oficiales del ejército –rumor frecuente durante los últimos quince años pero sólo hasta ahora confirmado–, ha aceptado la generosa oferta del Gobierno de confesar su pecados – por lo menos algunos– a cambio de poder retener su riqueza mal ganada además de cuatro años adicionales en una celda bien equipada, con celulares para que pueda seguir vigilando sus negocios.

La sonrisa diseñada lleva a muchas cuestiones, entre ellas la de la sonrisa de la buena fortuna, que sonrío a estos paramilitares asesinos en serie. Pero también existen otras inquietudes metafísicas. Pregúntate qué tipo de sonrisa te gustaría tener. Pregúntate si alguna vez te has hecho esta pregunta, y piensa en tu respuesta. ¿No será que tu sonrisa te era desconocida, pero al mismo tiempo lo que te hacía único e incandescentemente vivo y humano para tus amigos? ¿Qué significa jugar con algo tan misterioso y fundamental como la sonrisa?

En su famoso ensayo sobre el cuentacuentos, Walter Benjamin escribe sobre la importancia de las conexiones que él ve entre la muerte y el contar cuentos. En un punto sugiere que cuando alguien muere, una secuencia de imágenes se libera dentro de la persona. Estas imágenes representan los encuentros que ha tenido consigo mismo durante su vida sin darse cuenta. La llegada de estas imágenes transmite una nueva apariencia a la cara del moribundo. Según Benjamin, para los testigos de esta nueva apariencia es un momento inolvidable. Apariencia que confiere autoridad a todo lo que tenga que ver con el moribundo. Es la fuente del arte del cuentacuentos<sup>6</sup>.

Esto tiene el mérito de hacerte pensar dos veces antes de cambiar de cara pues, ¿que ocurriría entonces al mecanismo intrincado de Benjamin? ¿Qué podría pasar a la secuencia de imágenes que se desenvuelve a la hora de tu muerte en la cual, sin darte cuenta, te encontrabas a ti mismo durante toda tu vida, y cuáles serían las consecuencias –graves es de suponer– para el arte de contar cuentos, el pegamento mismo que amarra nuestras vidas sobre esta pobre tierra?

6 Walter Benjamin, "The Storyteller," p. 94.